

pezó entonces una acalorada conversacion. Los afortunados, radiantes de alegría; los que salen perdiendo, blasfeman; unos y otros discuten sobre el mérito de los gallos y los incidentes de la lucha.—*¡Buena pelea—¡Buenos gallos!—¡Gallos malos!—¡No valen nada!—¡No lo entiende usted!—¡Cállese usted!—¡Buenos!—¡Malos!...—¡Sentarse, caballeros!*—gritó el presidente.

Todos se sentaron y empezó otra lucha. Eché una mirada al campo de batalla y salí del circo. Tal vez no seré creído: este espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera creído, antes de verlo, que un animal, después de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarle, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el carácter de la maldad humana más acentuada. Todavía hoy, después del largo espacio de tiempo trascurrido, cada vez que me acuerdo de semejante espectáculo, vuelvo la cabeza involuntariamente como huyendo de la horrible vista del gallo moribundo; y nunca pongo la mano en una balastrada sin que baje la vista con la idea de ver el suelo sembrado de plumas y ensangrentado. Si vais á España, seguid mi consejo: *¡contentáos con los toros, buena gente!*

#### EL MONASTERIO DEL ESCORIAL

Antes de partir para Andalucía fuí á visitar el famoso monasterio del Escorial, el Leviatan de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, el mayor pedazo de granito que existe sobre la haz de la tierra: si queréis otras denominaciones grandiosas, sabed que no encontrareis ninguna que no le haya sido ya aplicada. Salí de Madrid muy temprano. El pueblo del Escorial, que dió nombre al convento, está á ocho leguas de la ciudad, poco distante del Guadarrama: el camino atraviesa una campiña árida y despoblada, limitada en el horizonte por montes cubiertos de nieve. Cuando llegué á la estacion del Escorial, caía una llovizna espesa y fría que helaba las carnes. Desde la estacion al pueblo hay un cuarto de legua de subida: me metí en una diligencia, y de allí á pocos minutos descendí en una calle solitaria, flanqueada á la izquierda por el convento, á la derecha por las casas del lugar, y cerrada en el fondo por la montaña. A primera vista no se saca en limpio nada: esperábase ver un edificio y se ve una ciudad; se ignora si está uno ya dentro del convento ó todavía fuera; por todas partes se distinguen muros; se adelanta, se da con una plaza; se mira en derredor, se ven las calles, no se ha entrado todavía, y ya el convento nos rodea y hemos perdido la brújula y no sabemos de qué la-

do volvernos. El primer sentimiento es triste: todo el edificio es de piedra color terráceo, y rayado de blanco entre piedra y piedra; los techos cubiertos de láminas de plomo y pizarra. Parece un edificio de tierra. Los muros son altísimos y desnudos, y tienen gran número de ventanas que semejan aspilleras. Mejor que un convento se diría que es una prision. Por donde quiera se vé aquel color sombrío de muerte; por donde quiera un silencio de fortaleza abandonada. Al otro lado de los techos negros, la montaña negra tambien, que parece pendiente sobre el edificio, y le da un aire de misteriosa soledad. El lugar, las formas, los colores, todo debió ser elegido por el fundador para ofrecer á los ojos de los hombres un espectáculo triste y solemne. Antes de entrar habeis perdido vuestra alegría, no sonreis ya, meditais. Os deteneis á las puertas del Escorial con una especie de estremecimiento, como á las puertas de una ciudad deshabitada; os parece que si en algun rincón del mundo reinase todavía el terror de la Inquisición, habria de reinar entre aquellas paredes, se diría que allí dentro se ha de ver su última huella y sentir su último eco. Sabido es que la basílica y el convento fueron fundados por Felipe II despues de la batalla de San Quintín, en cumplimiento de un voto hecho á San Lorenzo durante el asedio, cuando los sitiadores se vieron obligados á cañonear una iglesia consagrada á dicho santo. Don Juan Bautista de Toledo comenzó la obra, y Herrera la concluyó: los trabajos duraron veintiun años. Felipe II quiso que el edificio ofreciese la forma de una parrilla en conmemoración del martirio de San Lo-

renzo, y tal es realmente la figura de su plano. En los cuatro ángulos se alzan cuatro grandes torres cuadradas con la techumbre en punta, que representan los cuatro piés de la parrilla; la iglesia y el palacio real que se levantan á un lado, simbolizan el mango; los edificios interiores, que tocan á los dos lados más largos, hacen papel de las barras transversales. Otros edificios menores surgen fuera del paralelogramo, á corta distancia del convento, sobre uno de los lados largos y uno de los cortos, y forman dos grandes plazas; por los otros dos lados están los jardines. Fachadas, puertas, átrios, todo está en armonía con la grandiosidad y el carácter de la fábrica: es inútil acumular descripciones sobre descripciones. El palacio real es esplendísimo, y para no mezclar luego diversas impresiones, conviene verlo antes de entrar en el convento y en la iglesia. Este palacio ocupa el ángulo sud-este del edificio. Algunas salas están llenas de cuadros; otras cubiertas desde el pavimento á la bóveda con tapices que representan corridas de toros, bailes populares, juegos, fiestas y costumbres españolas, dibujados por Goya; otras régicamente amuebladas; el suelo, las puertas, las ventanas cubiertas de maravillosos trabajos de talla y dorados. Pero entre todas las salas es notable la de Felipe II: una celda más bien que una sala, desnuda y escuálida, con una alcoba que corresponde con el oratorio real de la iglesia, de modo que desde el lecho, teniendo abiertas las puertas, se puede ver al sacerdote que dice la misa. Felipe II dormía en aquella celda; allí pasó su última enfermedad, y allí murió. Se ven to-

avía algunas sillas usadas por él, dos escabeles sobre los cuales apoyaba la pierna atormentada por la gota, y un escritorio. Las paredes son blancas, el techo plano y sin adornos, y el suelo de ladrillos.

Visto el palacio real, se sale del edificio, se atraviesa la plaza y se vuelve á entrar por la puerta principal. Un conserje se os pega á las ropas. Atravesais un vestíbulo, y os encontrais en el patio de los Reyes. Allí podeis formar una primera idea del inmenso esqueleto del edificio. El patio está todo cercado de paredes, y en el lado opuesto á la puerta se ve la fachada de la iglesia. Sobre espaciosa gradería se alzan seis enormes columnas dóricas, cada una de las cuales sostiene un gran pedestal, y cada pedestal una estátua. Son seis estatuas colosales de Bautista Monegro, que representan á Josafat, Ezequiel, David, Salomon, Josué y Manasés. El patio está empedrado, cubierto á trozos de yerba, húmedo; los muros parecen rocas cortadas á pico: todo es rígido, macizo, pesado, y ofrece no sé qué fantástico aspecto de edificio titánico labrado en una montaña de piedra, y á propósito para desafiar los sacudimientos de la tierra y los rayos del cielo. Allí se comienza á comprender qué cosa es el Escorial.

Se sube la gradería y se entra en la iglesia.

El interior de la iglesia es triste y desnudo: cuatro enormes pilares de granito gris sostienen las bóvedas pintadas al fresco por Lucas Jordan: junto al altar mayor, esculpido y dorado á la española, en los intercolumnios de dos oratorios reales, se ven dos grupos de estatuas de bronce arrodilladas, con las manos

tendidas hácia el altar: á la derecha Carlos V, la emperatriz Isabel y varias princesas; á la izquierda Felipe II con sus esposas. Sobre la puerta de la iglesia, á treinta piés del suelo, en el fondo de la nave principal, álzase el coro con dos círculos de asientos de orden corintio, sencillos en el dibujo. En un rincón, cerca de una puerta secreta, está el sitial que ocupaba Felipe II. Por aquella puerta recibía las cartas y las embajadas importantes sin que lo advirtiesen los sacerdotes que cantaban en el coro. Esta iglesia, que respecto del edificio entero parece pequeña, es, sin embargo, una de las más vastas de España; aunque aparezca tan despojada de adornos, encierra inmensos tesoros de mármoles, de oro, de reliquias, y cuadros que la oscuridad oculta en parte, y de los cuales aleja la atención el triste aspecto de la construcción. Además de las mil obras de arte de las capillas, de las habitaciones contiguas á la iglesia, de las escaleras que conducen á la tribuna, hay en un corredor, detrás del coro, un soberbio crucifijo de mármol blanco labrado por Benvenuto Cellini, con la inscripción: *Benvenutus Zelinus, civis florentinus facebat 1562.*—En otras partes se ven cuadros de Navarrete y de Herrera. Pero todo sentimiento de asombro muere en el de la tristeza. El color de la piedra, la luz dudosa, el silencio profundo que os rodea, llevan sin cesar vuestro pensamiento á la grandiosidad, á los límites desconocidos, á la soledad del edificio, y no dejan cabida al deleite de la admiración. Produce el aspecto de aquella iglesia un sentimiento inexplicable de inquietud. Adivinaríais, si ya no lo supié-

rais, que en torno de aquellos muros no hay por largo espacio más que granito, oscuridad y silencio; sin ver el desmesurado edificio, lo sentís; sentís que os encontráis en medio de una ciudad deshabitada; quisiérais apresurar el paso para verla pronto, para libraros del peso de aquel misterio, para buscar, si por alguna parte estuviesen, la luz viva, el rumor y la vida.

De la iglesia se pasa por varios aposentos desnudos y fríos á la sacristía, ancha sala abovedada, en la cual ocupan toda una pared armarios de madera variados y finísimos, que encierran los sagrados ornamentos; la pared opuesta, una serie de cuadros de Ribera, Zurbaran, Tintoretto y otros pintores italianos y españoles; el fondo, el famoso altar de la *Santa Forma* con el celeberrimo cuadro del pobre Claudio Coello, que murió de melancolía por el llamamiento de Lucas Jordan al Escorial. El efecto de este cuadro es verdaderamente superior á toda imaginación. Representa con figuras de tamaño natural la procesion que se hizo para colocar en el mismo lugar la *Santa Forma*; están retratados precisamente aquella sacristía y aquel altar: el prior arrodillado sobre la grada, con la custodia y la hostia sagrada en las manos; en torno de él los diáconos; á un lado Carlos II, de hinojos; más allá monjes, clérigos, seminaristas y fieles. Las figuras son tan animadas y expresivas, la perspectiva tan verdadera, el colorido, las sombras y la luz tan exactas, que al entrar en la sacristía se toma el cuadro por un espejo donde se reflejase una función religiosa celebrada en aquel momento en una sala

contigua. Despues desaparece la ilusion de las figuras; pero queda la del fondo del cuadro, y hay verdaderamente necesidad de acercarse hasta casi tocarlo, para creer que aquella no es otra sacristía, sino un lienzo pintado. En los días de jubileo se arrolla este lienzo, y aparece en medio de pequeña capilla un templete de bronce dorado, dentro del cual se ve la magnífica custodia que guarda la hostia consagrada, cuajada aquella de diez mil rubfes, diamantes, amatistas y granates dispuestos en forma de rayos que deslumbran los ojos. De la sacristía pasamos al panteon. Precedíame un guardian con su hacha encendida; bajamos una larga escalera de granito, y llegamos á una puerta subterránea donde no penetraba rayo de luz, sobre la cual se lee la siguiente inscripción en letras de bronce dorado:

”¡Dios Omnipotente y Grande! Lugar dedicado por la piedad de la dinastía austriaca á los despojos mortales de los reyes católicos, que están esperando el deseado día bajo el altar mayor consagrado al Redentor del género humano. Carlos V, el más ilustre de los Césares, deseó este lugar de último reposo para sí y para su linage; Felipe II, el más prudente de los reyes, lo designó; Felipe III, monarca sinceramente piadoso, dió principio á los trabajos; Felipe IV, grande por su elemencia, constancia y devocion, lo amplió, lo embelleció y lo llevó á término el año del Señor 1654.”

Siguiendo al guardian, me hallé en medio de los sepulcros, ó más bien en un sepulcro oscuro y frio como la gruta de una montaña. Es una pequeña sala octó-

gona, toda de mármol, con un altarito en la pared opuesta á la puerta y en lo restante, desde el suelo á la bóveda, una sobre otra, las tumbas, separadas por adornos de bronce y bajo relieves. La bóveda corresponde al altar mayor de la iglesia. A la derecha del altar están sepultados Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Luis I, los tres Carlos y Fernando VII; á la izquierda las emperatrices y las reinas. El guardian aproximó la luz á la tumba de María Luisa de Saboya, mujer de Carlos III, y me dijo con misterio:—Lea Vd.—El mármol está rayado en varios sentidos: con un poco de atención conseguí distinguir cinco letras; es el nombre, Luisa, escrito por la misma Reina con la punta de unas tijeras. De repente el guardian apagó el hacha y nos quedamos en las tinieblas; se me heló la sangre en las venas.—¡Encienda Vd.—grité:

El conserje se echó á reír con una risa prolongada y lúgubre, que me pareció el estertor de un moribundo y me dijo:—¡Mire Vd.!—Miré: un rayo debilísimo de luz, descendiendo á lo largo de las paredes por una abertura cercana á la bóveda, casi hasta el pavimento, alumbraba no más que lo preciso para hacerlas visibles, algunas tumbas de reinas; parecía un rayo de luna: los bajo relieves y los bronceos de las tumbas brillaban bajo aquel resplandor con una luz extraña como si destilasen agua. En aquel momento noté por primera vez el olor de aquel aire sepulcral, y sentí un estremecimiento de frío; penetré con la imaginación en los sepulcros, y ví todos aquellos cadáveres rígidos; busqué una salida por encima de la

bóveda, y me encontré solo en la iglesia; huí de la iglesia, y me perdí en los laberintos del convento; me representé á mí mismo en medio de aquellas tumbas, y conocí que verdaderamente estaba en el corazón del edificio monstruoso, en la parte más profunda, en el lugar más frío; y me pareció hallarme prisionero, sepultado en aquel gran monte de granito, y que gravitase todo encima de mí, y que por todos lados me oprimiese y me cerrara la salida; pensé en el cielo, en el campo, en el aire libre como en un mundo remoto y con un sentimiento infame de tristeza.—Señor,—me dijo solemnemente el guardian antes de salir, alargando la mano hácia la tumba de Carlos V.:—el emperador está ahí, tal como era cuando lo enterraron, con los ojos todavía abiertos, que parece vivo y que habla. Es un milagro de Dios que tiene su por qué. Y diciendo estas últimas palabras, bajó la voz como por temor de que el emperador las oyese, hizo la señal de la cruz, y me precedió escalera arriba.... Después de la iglesia y la sacristía se visita el Museo de pintura, que contiene gran número de cuadros de artistas de todos los países; no ya de los mejores, que éstos se los llevaron al Museo de Madrid; pero con todo dignos de una atenta visita de medio día. Del Museo de pintura se va á la biblioteca, pasando por la gran escalera sobre la cual se encorva una desmesurada bóveda toda pintada al fresco por Lucas Jordan. La biblioteca se compone de una vastísima sala adornada con grandes pinturas alegóricas, que contiene más de cincuenta mil volúmenes preciosísimos, cuatro mil de los cuales regaló Felipe II, y